

Director: CÉSAR HUERTA

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calderón de la Barca, 12 y 14

Teléfono núm. 59

EL MUNDO

Capital, un mes. 50 céntimos

Provincia, un año. 7 pesetas

ANUNCIOS SEGUN TARIFA

PAGO ADELANTADO

AÑO V

SE PUBLICA TODOS LOS MIERCOLES

Núm. 95.

DE DIAS ATRÁS

DESDE MADRID

DEL AMBIENTE

PELICULA

Los niños se han incorporado prestamente al solo recuerdo de que hemos de marchar. Agiles y graciosos, ostentando con ufania los guardapolvos nuevos, avizoran, dilatadas las pupilas, el misterio de la alta noche, en espera del auto. Este llega, guiada su masa grande por la mano hábil y fuerte de Nicasio. Todos vamos encantados del mecánico; para los niños, para los muñequitos vivos, tiene palabras de efusión y para los demás nos infunde la máxima seguridad de que llegaremos sin averías.

La carretera es una típica carretera española: los baches son tremendos y no se ve por parte alguna la grava, sin duda hospedada en lugares más dichosos. Cuando ya el día ha abierto, inundándonos de un suave sol de otoño, Motilla nos muestra las huellas del desastre. Hace la impresión corrosiva de una ciudad devastada por la guerra o víctima de un inmediato incendio. Después, el viñedo de Minglanilla, y allá quedan los niños, de los cuales el pequeño llora sin consuelo, porque «te vas y no vas a volver»...

En Utiel, a Rafaelito Gabaldón, mi compañero de viaje, le chispean los ojuelos vivos y algún pipopo crudo se ahoga ante una muchachita, que unas veces en pie y otras dejándose cunear rudamente por la madera del vagón, mira con ojos escrutadores, de curiosidad al parecer todavía no saciada... En Requena, la muchachita del viaje y otra del andén, se preguntan recíprocamente cuándo se casan. La que pasea dice con voz dulce y muy firme: «en Diciembre», mientras fina sonrisa dilata la cara tersa y casi impúber. A la viajera, con mal contenida melancolía, no la oigo precisar nada. Unas horas en Valencia. Pepe Manteca, es el Manteca de siempre. Activo y recordando viajes y planeando otros, me refiere sus relaciones políticas con Santiago Alba, su presentación para senador por Teruel en las pasadas elecciones, sus viajes a Londres y París. Está un poquito más cansado que cuando era verbo activo de los Jóvenes Turcos; ya usa unos grandes y redondos lentes, rodeados de concha, como los de Quevedo..., pero tiene la precaución de usarlos en privado y recatarlos en público.

Calle Colón. Clínica. Un lleno completo; los enfermos se van por no poderlos recibir el doctor Jimeno. Un viejecito, a quien lleva su mujer y su hijo—guapo mozo de veinticinco años—, no puede parar de dolor, haciendo recordar la frase de Hedda Gabler, la heroína más morbosa de Ibsen: «No quiero ver la enfermedad ni la muerte». Salgo a la calle; en una tienda me choca un letrero que en España todos debíamos grabar en nuestros asuntos: *Sed breves. Vuestros minutos son preciosos como los nuestros.* Por fin el doctor, que tiene un rostro de árabe y delator de una inteligencia poderosa, me tranquiliza: «cosa funcional; fitina, takadiastasa...» Sólo me inquieta y confunde como ha conocido soy abogado sin decírselo. «Por qué, señor, esta penetración? me digo. Hasta que en seguida caigo en que, sin duda, al exponer mi caso, he argumentado más que he narrado, y por ello, ha deducido el oficio.

Ahora escapados a Gandía. En el tren, que por ser sábado va repleto, corre de pronto, como un escalofrío precursor de fiebre, la noticia de que ha muerto en el tren, en plena marcha, un viajero, que habían llevado enfermo a Valencia.

«Sería el mismo de la clínica del doctor Jimeno. No sé. Un misterio más que queda para mí por descifrar.

En Carcagente tomamos un tren muy chiquito. En el departamento viaja también una mujer, joven y fuerte, de un rubio denso y oscuro, casi cobrizo. Tiene la voz pastosa y caliente—voz de actriz o de amantes—, y dice llegará a Denia y de allá a Alicante, donde embarcará. «Cuál será su destino? No me atrevo a preguntar. Un deseo violento, prontamente reprimido, deseguir a esa mujer en su viaje ignoto, cruza por mí. Es la aventura, que de cuando en cuando, cual ave de presa, traza su temible vuelo circular. En Gandía, mis sobrinitos, un poco asombrados del tío desconocido, se encantan con el bullicio de la feria y los derroches de traca y pólvora, propios de Valencia. Y cuando estamos en el balcón, pasa corriendo y rodeado de una multitud un hombre chorreando sangre. Unos dicen que es un carterista sorprendido en la faena. Otros, y esta es la verdad, un feriante irascible, que, al ser detenido por la Guardia civil, se resistió y fué herido por unos sablazos de piano dados por ésta. La tragedia eterna que pasa...

Y, otra vez a los riscos queridos de Cuenca, después de haber sido espectador como en una butaca de cine de varias cosas, que tienen, como todas las de la vida, parte de dramáticas y parte de la perpetua comedia humana...

CÉSAR HUERTA

LOS POETAS

UNO DE TANTOS

Poderosos, venid: trazaros quiero la historia de un ilustre caballero que, inmensamente rico, años contó noventa y nueve y pico. Escuchad y aprended, la historia es esta: Nació mi buen señor, y se supuso comió, bebió y murió... ¡Dios le perdone! —¡Qué pérdida tan grave y tan funesta si llega a faltar un niño de pecho persona de tantísimo provecho.

HARENZNEUBER

Cartas de soldat

Traducción de J. Paulino Torres (FRAGMENTO)

Madre mía, esta carta la escribo en el Hospital; me la escribe una monjita con cariñosa humildad. Madre, esta madrugada comenzamos a luchar y caí en primera línea con una herida mortal. Casi me desangre; al verme me dijo mi capitán: —«Buen, muchacho; me te abrazo por temor a hacerte mal.» Madre, escribidme, que ahora las cartas me llegarán. Decidme qué pasa en casa, igual que en la vecindad. Decidme si es que la trilla del trigo se hizo ya; si veadimian bien las viñas, cómo está nuestro olivar. Si se aplica o no se aplica mi hermano en el estudiar. Decidme si mis hermanas hablan al mismo zagal, y si la prima Vicenta por fin se ha casado ya, pero no le digas, madre, que lo intente preguntar, porque no quiero que sufran los celos de aquel truhán. Que por ella senté plaza, vallado por caridad, que bastante angustia paso al verme en el Hospital. No digo más, madre mía, porque el brazo me hace mal. Esta noche dormir quiero mañana lo cortarán.

TEODORO LORENTE

LA POLITICA

LAS COSAS DE LAS MINAS

¿Qué ha pasado con el negocio de las minas de Alluceemas? ¿Cuál es su relación con el desastre que lamenta la nación española?

Se dice públicamente, que el representante del exdiputado republicano y minero bilbaíno, que negociaba las minas de Alluceemas, fué a la costa de Africa con un yate abanderado en la capital de Vizcaya y propiedad del acaudalado rich-ho.

La gestión empezó en el mes de abril cerca de Abd-el-Krin y del alto mando de Melilla, por D. Antonio Got, representante en aquella plaza de un capitalista y condecorador de la existencia de ricos centros mineros en la kabila de Beni-Urriaquel.

A principios de dicho mes el señor Got celebró una entrevista con el general Silvestre y con los coroneles Morales y Sánchez Monge, a quienes expuso que tenía encargo de entablar negociaciones con Abd-el-Krin para concertar con él las explotaciones de varias minas de la kabila de Beni-Urriaquel.

¿Qué pasó en la negociación hasta julio?

El señor Got volvió al poblado de Aydis el 31 de mayo, y se encontró a los moros irritados contra España por los avances de las tropas del general Silvestre.

Conferenció con Abd-el-Krin, y este le encargó que dijera al comandante general que no pasara, por lo pronto, de Amekrán, porque los tensesamanes y benitusines, que contaban con 3.000 hombres, se opondrían al avance.

«Que espere—dijo Abd-el-Krin,— que yo le ofrezco que no será mucho, pero, ¡que no lo eche todo a rodar por unos días!»

Al regresar el Sr. Got a Melilla, el general Silvestre había cambiado de opinión, y no quiso saber nada de Abd-el-Krin ni de negociaciones.

Las anteriores manifestaciones del señor Got, representante del señor Echevarrieta, dan a entender que el alto comisario y el general Silvestre conocían la negociación seguida para la explotación de las minas de Alluceemas.

En Madrid se dice públicamente que la cosa se agravó, porque los que fueron a Alluceemas sacaron planos duplicados de las minas, facilitando unos a otra entidad también bilbaína, adversaria, en negocios, naturalmente, del grupo donde figura el señor Echevarrieta.

Se añade que tanto las minas de Apan, como las de Alluceemas, son riquísimas, calculándose, a primera vista, su valor en cerca de 400 millones de pesetas. ¿Se comprenderá con esto el movimiento de furor de las entidades desatadas?

La Acción, órgano en la prensa del señor Maura, dice sobre este asunto:

«Está confirmada plena, total, absolutamente, que la CAUSA DEL REVANTAMIENTO MARRUQUELI FLEORON LAS NEGOCIACIONES ACERCA DE LAS MINAS.»

Aplaudimos la explotación de las minas del Rif antes de las operaciones del 909, y ayudaríamos con entusiasmo toda labor colonizadora por iniciativa particular.

Lo que queremos es que cuando en la pugna de intereses se vea en peligro el interés de España, se sobreponga el sentimiento de la patria a las conveniencias mercantiles.

De haberse hecho así, no hubiera estallado la catástrofe, que aún no han empezado a examinar los hombres públicos para imponer sanciones y preparar remedios.

Las cosas se han aclarado, de tal modo, que para cuantos reflexionan serenamente, entre los enredos que quieren hacer algunos alrededor del asunto, es evidente que el negocio de

las minas ha sido el origen de la catástrofe de Annual e Igueriben. Pero no por ser tal negocio, que ha podido realizarse dignamente, sino porque las rivalidades de las empresas y las colisiones de los negociantes, en relación con los políticos, han provocado un desastre militar.

¿Se ha de aclarar tal punto en la discusión parlamentaria? ¿Quién que conozca la política puede tener tal esperanza? Todo eso, la verdad del desastre, quedará al margen del debate del Congreso, como ha sucedido en tantos otros casos con todos los problemas nacionales.

No se piense en que eso ha de ser debatido en el Parlamento, y mucho menos en que han de exigirse responsabilidades.

Ya lo dice, a cuantos quieren oírlo, con su habitual frescura, un diputado de la izquierda más roja, complacido en el negocio.

«Todo es verdad—exclama ante un grupo. ¿Y qué? Nada se puede probar documentalmente, porque no es posible. Y como no se puede probar...»

El cronista cree que, aunque se demostrase documentalmente todo, no sucedería nada, porque hay pees muy gordos metidos en el asunto.

Después de lo expuesto, ¿debe esperar algún fin práctico del debate parlamentario?

Lo que parece decidido—como consecuencia de la publicidad que han tenido los negocios mineros de Alluceemas—es que por ahora el ejército no irá a esa región africana. ¡Tan demasado!

Si debe ir, que vaya cuando se crea oportuno, pero no puede hacerse con la sospecha que se desprende del relato de los negocios.

Por eso no puede esperarse nada práctico del debate en el Congreso. Escamoteando el tema principal de la discusión, se llegará a agudades insubstanciales, como ha sucedido siempre. Se redactarán proposiciones, fórmulas, notas, declaraciones llenas de frases de protocolo, pero el pueblo se quedará sin saber concretamente cual va a ser la acción futura de España en Marruecos.

Se divagará sobre el protectorado a través de la acción militar, la frontera nacional, la civilización de los moros, la autoridad del califa...

Pero no se hablará de los verdaderos responsables de la catástrofe, de la formación rápida de un ejército colonial, de si van a ocuparse tales y cuales territorios, abandonando el sistema absurdo de los blocaos chiquitos, que tanta sangre cuestan...

Ya ni los diputados escuchan a los oradores, convencidos de la inutilidad del debate. Y momentos en los que parece que, en vez de hablarse de la catástrofe de Annual e Igueriben, se trata de tratar una proposición relativa a carretera de tercer orden. Apenas si hay en los bancos tres docenas de diputados.

Séptimo los inermes ciudadanos que en los pueblos de España siguen ansiosamente el debate parlamentario: en el Congreso, apenas hay gente a quien interesa la discusión, lo cual es lamentabilísimo, pero figurosamente cierto. ¿Quizá no interesa porque la verdad queda escomulgada y por no esperarse finalidad práctica del debate.

EL ALMA Y EL CUERPO

Si necesario, urgente, inaplazable nos parece el saneamiento del alma nacional, y a tal fin nos prestamos, estimulados por la iniciativa oficial, que por primera vez parece buscar el concurso de los escritores, a remozar los añejos fastos históricos, no menos urgente se nos antoja la necesidad de aplicar un vigoroso tratamiento a las enfermedades del cuerpo. Bien que cuidemos solícitamente, ya que no de la salud psíquica de los hombres, de la pureza espiritual de los niños, hombres del porvenir, enseñándolos a amar, con lecciones sencillas y cordiales, las glorias patrias, y a rendir fervoroso culto al heroísmo y la ciudadanía y admiración y respeto a sus beneméritos ascendientes o preascendientes, etc., etc. Pero, ¿será posible tal resultado de nuestras lecciones, si la muchedumbre infantil a quien hemos de ponderar las bondades de la raza viril gime los dolores de la degeneración y sufre los rigores del pauperismo presente?

Recordamos que una vez, siendo ministro de Instrucción pública Natalio Rivas, se declaró obligatoria en las escuelas la lectura diaria del libro cumbre de la literatura española, el Quijote. Algo análogo, solamente que ya tamizado por un principio pedagógico y sujeto a los cánones de la pragmática oficial, es lo que se trata de hacer con la creación del «libro de los niños». Y entonces como ahora ¿será si las fechas han variado el fin perseguido es el mismo y los medios y circunstancias idénticos, nos preguntamos, perplejos, atónitos: ¿saben los ministros de Instrucción pública cómo se hallan los niños que han de recrear su imaginación en las amenas páginas del libro de Todos, el del halago manchego, que a los pequeños deleita por su sencillez y bien urdida trama y a los mayores sugiere tan reflexiva meditación, y en las no menos sugestivas de las virtudes nacionales? Y, sobre todo, ¿han pensado los ministros de Instrucción pública en que estado de salud se encuentran los niños cuyo espíritu se pretende saciar con la evocación de las glorias nacionales?

Y entonces como ahora nos respondimos: No No saben los ministros de Instrucción pública en qué situación se hallan los pequeños ciudadanos hasta donde ellos pretenden llevar su tutela mirada; no saben cual es la salud de sus protegidos. No saben nada de cómo, cuando y qué enseñanzas podrán merecer los futuros ciudadanos. De saberlo, antes que de sus almas, cuidarían de sus cuerpos, antes que de su salud espiritual, de la corporal; y aun antes que de ellos mismos, cuidarían de los hombres, sus padres, y procurarían, para el espíritu y la materia de estos, el tratamiento profiláctico que apetecen, que necesitan, que exigen, que precisan, no para evitar funestas dolencias psico-físicas, sino para conservar las que ya sufren; no para curarse en salud, sino para atajar la gravedad de sus enfermedades; no para vigorizar sus proles, sino para regenerar a sí propios; no para sobrevivir sanos en su descendencia, sino para poder vivir, engendrar y ser útiles.

Porque la corrupción del alma, con ser inmensa, horrible y funestísima, no lo es en tan alto grado como la corrupción, la podredumbre del cuerpo. Y un alma envilecida dará sus frutos en el escepticismo, la pereza la incuria del individuo, que, haciendo presa en la colectividad, transmitirá a la nación sus males; pero un cuerpo podrido, envenenado, miserable, transmitirá a la familia particular y a la familia humana su degeneración, su miseria, su ruina, y sus descendientes serán generaciones enfermas en embrión, remota de la raza, gérmenes patógenos del porvenir nacional, bacilos propagados sobre el futuro, co-

HERNANDEZ
BRAGUERO ESPAÑA
de D. J. Campos
Médico Ortopédico
30 pesetas
Lo mejor conocido.
En Cuenca: Droguería San Julián, Calle del Agua, 22.
En Madrid: Augusto Figueroa, 8.

Rogamos a los que reciben EL MUNDO y no estén conformes con la suscripción, se sirvan devolver el periódico a su procedencia.